

## *El FMLN en la encrucijada*

Pese al tiempo transcurrido, el FMLN no ha asimilado todavía la derrota electoral de marzo de 2004. Decirlo es volver sobre algo que se ha repetido hasta la saciedad. Sin embargo, no es irrelevante insistir sobre lo mismo una vez más, por cuanto que ese hecho refleja con pasmosa contundencia la incapacidad del partido de izquierda para enfrentarse a sus propios fantasmas. Ante todo, el fantasma de la renovación interna: la palabra “renovación” no solo ha sido usada con los propósitos más bajos — asociados en la mayoría de casos a meras disputas por el poder—, sino que ha sido demonizada, manoseada y pervertida en su significado más propio, es decir, en lo que ella expresa como superación de obstáculos, que impiden avanzar tanto en el plano individual como en el social e institucional.

Esto último ha impedido a los dirigentes históricos del FMLN asumir el desafío de llevar adelante, con seriedad y profundidad, los cambios necesarios al interior de su organización. Lo anterior no quiere decir que el FMLN no haya cambiado en absoluto, desde que era un ejército guerrillero hasta su conversión en partido político, después de 1992. Con todo, esos cambios no han sido todo lo sustantivos que debieran. Más aún —aunque suene demasiado fuerte o chocante—, se ha tratado de cambios más forzados por las circunstancias que por una decisión emanada de una toma de conciencia surgida en su seno, acerca de la necesidad de revisar los fundamentos organizativos e ideológicos de la institución partidaria. Dicho de otra manera, han sido transformaciones incompletas.

Las coyunturas favorables —o al menos leídas de ese modo por sus figuras principales— han afianzado las resistencias para una renovación (o redefinición) del FMLN, dejando a sus abanderados sin trincheras desde las cuales defender sus posturas. Las coyunturas desfavorables han dado pie a la posibilidad de llevar nuevos aires al partido, pero quienes se oponen a cualquier cambio en su interior, lejos de favorecer el florecimiento de otras formas de conducirlo, han cerrado filas y se han empecinado en defender sus posiciones y el poder que las sostiene. Esta ha sido la historia del FMLN, desde 1992 hasta la fecha; es por ello que las expulsiones, las huidas y el fraccionamiento han sido una constante, en su desenvolvimiento como partido político. La situación actual del FMLN es un capítulo más en este interminable vaivén de resistencias y ansias de cambio, en el que se mezclan, a veces de forma indiscriminada, buenos propósitos —es decir, propósitos de democratizar el partido para que pueda enfrentar con solvencia los desafíos nacionales— con ambiciones e intereses de poca monta.

Los acontecimientos registrados por la prensa nacional en torno a los pleitos entre miembros del partido de diferentes filiaciones, en la alcaldía de San Salvador, constituyen el mejor ejemplo de la mezcla de actitudes y compromisos —propósitos y despropósitos— que se amalgaman, en una mezcla confusa y explosiva, en el FMLN. Los despidos en los consejos municipales, que son apenas una de las aristas del conflicto interno, han dado pie a la hipótesis de la “purga”: tanto un bando como el

otro estaría purgando a los simpatizantes del bando contrario, olvidándose de los sueños, sacrificios y sufrimientos compartidos en el pasado. Es en este contexto que se inscriben las expulsiones, dictaminadas por el tribunal de ética del partido, de varios militantes, acusados de "comportamientos inapropiados" con los valores de la organización. No cabe duda que, tal como se ha apuntado en la prensa, estas expulsiones suenan a revancha política y deseo de control interno, por parte de la actual dirigencia. Las cosas han llegado tan lejos en el FMLN que más de alguno ha propuesto dirimir en los tribunales o en el seno de la Asamblea Legislativa el pleito interno del partido de izquierda. Pareciera que el mecanismo más fácil para controlar a los opositores es condenarlos al ostracismo o, peor aún, a la marginalidad política. Es una manera curiosa de entender la democracia, en un partido que se ufana de ser el principal baluarte de la democratización del país.

Ciertamente, ni el revanchismo ni los deseos desmedidos de poder son desconocidos en el FMLN; de hecho, la actual dirigencia se hizo con el control de partido —y lo conserva— apelando a los mejores recursos de la conspiración, la venganza y el uso (y abuso) del poder. Sin embargo, desde marzo pasado, la tormenta ha arreciado en el FMLN. La pelea abierta entre quienes controlan el partido —Schafik Handal, Salvador Sánchez Cerén y sus seguidores— y quienes pretenden desplazarlos —Oscar Ortiz y los suyos—, no solo lo mantiene sumergido en una especie de letargo, sino que lo está haciendo perder credibilidad frente a un electorado que se ha declarado contrario a la línea política impuesta por su dirigencia. Tal como lo muestran distintas encuestas de opinión pública, la gran mayoría de los salvadoreños desaprueba la conducción de la actual cúpula. Ni siquiera las señales de cambio de Handal ni su histórico apretón de manos con el presidente Saca, en los jardines de Casa Presidencial, han servido para revertir la dinámica de desprestigio en la cual ha caído el viejo líder comunista. Al contrario, esas imágenes profundizaron el descrédito de quien muchos consideran un líder caprichoso e irascible, dispuesto a bloquear las posibilidades políticas de su partido con tal de imponer sus ambiciones personales y de satisfacer su ego desmedido.

En definitiva, los conflictos internos en el FMLN se han vuelto inmanejables. Esta última constatación obliga a reconocer que el desafío de

la renovación interna es algo que no puede ser pospuesto por más tiempo. Como resulta evidente, después de varias expulsiones de dirigentes históricos, el FMLN sigue siendo el partido de oposición más importante del país, a pesar de las defecciones de figuras emblemáticas. Pero, al mismo tiempo, si bien el partido de izquierda se ha beneficiado de la irrelevancia de los otros partidos de oposición, no deja de llamar la atención el hecho de que sigue a la zaga de ARENA, sin poder dar el salto hacia el control del ejecutivo. No renovarse —no ponerse a punto de cara a los desafíos del país— supone resignarse a ser siempre segundo, es decir, a estar permanentemente haciéndole la contra a ARENA, con la satisfacción que tal comportamiento puede dejar en quienes consideran que ser de izquierda consiste en hacer resistencia abierta a todo lo que emane del gobierno y de la derecha.

A la par del fantasma de la renovación, está el fantasma de la identidad del FMLN. A estas alturas, no es totalmente claro qué es el FMLN —o qué ofrece a la sociedad—, en términos ideológicos. Algo se sabe acerca de ello: en sus estatutos se habla de socialismo, revolución y democracia como referentes ideológicos. Pero no existe —ni se ha elaborado hasta ahora— un planteamiento que, además de desarrollar cada uno de esos aspectos, los articule y los convierta en criterio de orientación práctica para sus bases, mandos medios y cuadros dirigentes. Como es natural, esto no puede hacerse sin debate y sin discusión, en los cuales deben ventilarse distintas posturas y distintos puntos de vista. Tampoco es algo que deba hacerse de un día para otro, bajo presiones coyunturales o como respuesta a presiones de la opinión pública, sino con el tiempo suficiente y las convicciones bien cimentadas, en torno a un propósito que debería ser el de todos los miembros del FMLN: forjar un partido a la altura de las necesidades de la sociedad salvadoreña, en el momento actual. Cumplida esta tarea que, ciertamente, no es fácil, viene la siguiente: elaborar una propuesta de gestión gubernamental que, además de ser una opción a la de la derecha, sea factible y realista.

No les falta razón, pues, a quienes sostienen que la mejor manera de resolver de una vez por todas la crisis recurrente en el FMLN debe pasar por una discusión seria y profunda, que replantee su identidad, en un nuevo contexto de posguerra. Como ya se dijo, desde el fin de la guerra, la conversión del FMLN en partido político no ha dado

paso a una discusión interna sobre los objetivos políticos y su identidad partidaria. Además, muchas de las defecciones parecen tener un denominador común: tienen a la base una lectura política distinta de lo que debe ser el partido en la posguerra. Por eso, los descontentos suelen llamarse renovadores, en oposición a una dirigencia estancada en el tiempo, calificada de ortodoxa. De este modo, hay serios argumentos que invitan a iniciar una discusión reiteradamente postergada, para definir la identidad del partido en este nuevo contexto de la vida nacional. Así, ganarían tanto el FMLN como El Salvador. Presentar una opción fuerte y creíble frente a ARENA insuflaría un nuevo dinamismo a la vida política, lo cual redundaría en beneficio de la democracia. De esta suerte, se crearían las condiciones para una verdadera competencia por el voto de los salvadoreños. Y, sin duda, las elites económicas, que apoyan de forma exclusiva al partido de gobierno, tendrían que revisar su estrategia, en tanto que el FMLN ya no daría más razones para que se le tildara de extremista y de antisistema.

¿Por qué es importante el debate sobre la identidad ideológica? Porque sin claridad ideológica no puede haber claridad en las propuestas; a lo sumo, lo que se tendrá es un conjunto desarticulado de principios, no del todo coherentes entre sí, un listado de recetas políticas, elaborado para responder a coyunturas electorales y comportamientos ambiguos, en los cuales se mezclan el radicalismo de los puros con la condescendencia (y la ambigüedad) de los moderados. El resultado de esta amalgama no será otro que el de un partido sin identidad, sin proyecto y sin credibilidad (o con una credibilidad volátil, que baja o sube, según cada coyuntura).

Eso es el FMLN, no como resultado de su fracaso electoral de marzo pasado, sino como resultado de su incapacidad —de la incapacidad de sus dirigentes históricos— para asumir con la seriedad debida los desafíos planteados por una sociedad compleja y cambiante como lo es la sociedad salvadoreña de principios del siglo XXI. Amoldar el partido a esos desafíos y no al revés: ese es el reto que los dirigentes históricos del FMLN no han sabido asumir. No pudieron hacerlo después de firmada la paz, cuando las cinco organizaciones que hicieron la guerra todavía estaban integradas, ni lo hicieron

después quienes se quedaron con los despojos del partido. Ahora mismo, no es esto lo que los ocupa: de nueva cuenta, son las disputas y las rivalidades mezquinas las que consumen sus energías.

Pese a un FMLN preso del letargo político, la sociedad salvadoreña sigue con sus ritmos, sus problemas y sus ansias. El gobierno de Saca ha ofrecido resolver esos problemas y encauzar las ansias de los salvadoreños por las sendas de la tranquilidad y del bienestar. Para hacerse una idea del letargo político que se vive en el FMLN basta con observar la ocupación completa que ha logrado el partido oficial de la arena nacional. Desde su toma de posesión, Saca se ha llevado todas las palmas. Ha calmado el debate político con buen tino y una buena dosis de “comunicación”, aprovechando los constantes desaciertos de su oponente. El cuarto presidente de ARENA sigue apelando a su talante de concertador y de cercanía con los salvadoreños y sus problemas para desactivar y evitar cualquier enfrentamiento político con sus adversarios de izquierda.

Se podrá ser todo lo pesimista que se quiera acerca de estos ofrecimientos, se podrá augurar su fracaso más rotundo. Sin embargo, lo que no se puede negar es que el cuarto gobierno de ARENA le está arrebatando al FMLN una bandera que, pese a sus debilidades ideológicas y políticas, le ha dado hasta el día de hoy buenos resultados electorales: el compromiso social. El FMLN podrá estar en contra de ARENA todo lo que quiera, pero sería descabellado que se resistiera o saboteara las políticas sociales del gobierno de Saca.

Así las cosas, hay suficientes elementos para afirmar, en la línea de una tesis enarbolada por la



derecha, que el partido de izquierda está siendo desbordado por Saca. De no haber un cambio de rumbo en el FMLN, en las próximas elecciones legislativas y municipales de 2006, este partido corre el riesgo de ser barrido otra vez por ARENA. Por su parte, el nuevo presidente parece decidido a dar la batalla en el campo de la izquierda. Habla sin complejos de los temas sociales y presenta un discurso voluntarioso, dedicado a seducir a los salvadoreños. Desde su llegada a la presidencia, ha multiplicado anuncios y visitas de inauguración de "obras sociales", como muestra de su deseo de estar cerca de los salvadoreños más necesitados. Si se combina este discurso con los evidentes problemas internos que vive el partido de izquierda, se entiende mejor la situación de perplejidad en que se encuentran muchos de sus simpatizantes. De hecho, Saca da la sensación de querer tener éxito en el terreno en el cual han fracasado de forma estrepitosa sus predecesores de ARENA. Además, habla profusamente de concertación y se da una muestra de respeto y voluntad de diálogo con los opositores.

Es pronto para medir los resultados concretos de las diferentes propuestas de Saca. Sin embargo, lo apuntado es suficiente para ponderar la encrucijada en la que se encuentra el FMLN en estos momentos. Si en un sistema de partidos, el comportamiento de los distintos actores tiene consecuencias sobre la realidad y la vida de los otros, es correcto pensar que lo que pasa en la actualidad con ARENA —esto es, la sensación de nuevo liderazgo que destilan sus dirigentes— obliga a un serio cuestionamiento al FMLN y a sus dirigentes para ajustar su manera de entender la política. Es precisamente esta capacidad de reacción la que se encuentra en entredicho y que los últimos acontecimientos reseñados más arriba han venido a poner en evidencia. Por lo menos, un sector importante del partido de izquierda cuestiona con fuerza la conducción de sus actuales dirigentes, en la coyuntura presente del país.

¿Qué hacer entonces en el FMLN? Lo que debió hacer hace tiempo y que en la actualidad se vuelve una tarea impostergable: decirse y decirle a la sociedad qué tipo de izquierda quiere ser, qué es lo que ofrece como tal, cómo va a realizar eso que ofrece, porqué se ha de confiar en ella y qué es lo que la hace preferible a otras opciones políticas. No es poco lo que se pide (y espera) del FMLN,

pero es lo que el partido está obligado a hacer, si no quiere seguir a la deriva, más a la espera de los desaciertos de su principal oponente que de los logros que pueda obtener, por sus propios méritos y su propio desempeño.

El FMLN no podrá abordar sus problemas internos sin prestar atención a los instrumentos con que cuenta la organización para asegurar una renovación permanente de sus dirigentes y de sus estrategias políticas. Desde este punto de vista, el FMLN es un partido con suficientes recursos: en sus estatutos dispone de un mecanismo democrático para enfrentar el espinoso problema de su renovación. Se supone que todos los militantes de la organización cuentan con la misma posibilidad de hacerse escuchar y presentar sus propuestas de cambios internos y de enfrentamiento con los adversarios políticos externos.

Tal como ocurre en cualquier país democrático, se espera que este mecanismo permita a todos los ciudadanos una participación efectiva en la vida política y tener la capacidad para presentar sus propias lecturas de la realidad nacional ante sus compatriotas. En los momentos de crisis, por ejemplo, se presentan diferentes opciones de solución, que hacen patentes sus lecturas divergentes sobre la realidad. Al final, los ciudadanos eligen la mejor opción y la que juzgan más coherente y realista, respecto del diagnóstico realizado. Lo mismo se esperaría que suceda en el caso del FMLN, puesto que sus estatutos hablan de una democracia interna, en el más amplio sentido de la palabra.

Sin embargo, como se ha observado, el FMLN no ha podido materializar este ideal de democracia. Al contrario, en el partido de izquierda las prácticas autoritarias y los líderes históricos se han anquilosado en las estructuras del partido. En este nivel tiene que plantearse el debate. Siempre que funcionen los mecanismos democráticos del partido, en esta medida podrá superar sus problemas actuales. De lo contrario, seguirá expulsando a sus militantes inconformes y seguirá siendo presa fácil de la estrategia de ARENA que, además de ganar elecciones, apunta a la consolidación de un bloque hegemónico de derecha.

LUIS ARMANDO GONZÁLEZ

ROODY RESERVE

San Salvador, 12 de julio de 2004